


MARINA SANMARTÍN

**EL JARDÍN
DE LOS
SOSPECHOSOS**

 **PRINCIPAL**

EL JARDÍN DE LOS SOSPE- CHOSOS

Marina Sanmartín

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



EL JARDÍN DE LOS SOSPECHOSOS

V.1: Abril, 2018

© Marina Sanmartín, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: Pedro Viejo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-15-7

IBIC: FH

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EL JARDÍN DE LOS SOSPECHOSOS

Vuelve Marina Sanmartín con una exploración de la perversión del ser humano

Martín Guidú tiene que asistir a la jornada de padres de su sobrino Lucas porque su hermano Anakin está en el hospital. Todo debería ser fácil: los padres explican sus oficios a los niños bajo la mirada benevolente de la profesora Natalia Holden. Parece un día sencillo en Caivelan, hasta que descubren el cadáver de una niña muerta, compañera de clase de Lucas. Reunidos en el jardín de la escuela, convertida en el escenario involuntario de un crimen, Martín, Natalia y el inspector de policía Lorenzo Barriuso, tres desconocidos que se verán obligados a resolver juntos el atroz asesinato, se sumergirán hasta las profundidades de la maldad.

«Una ficción terroríficamente real, asfixiante y claustrofóbica, digna del mejor Lovecraft.»

Antonio Fontana, *ABC Cultural*, sobre *Informe sobre la víctima*

«Descubrir la literatura de Marina Sanmartín es uno de esos azares que ocurren pocas veces y son gratamente satisfactorios.»

Raquel Jiménez, *Zenda*

ÍNDICE

El jardín de los sospechosos
Página de créditos

Introducción

08:00 Viaje a Ítaca

09:00 La muerte de Anakin

10:00 El taller de fotografía

11:00 La hora del crimen

11:30 El descubrimiento del cuerpo

12:00 TrueDetective81

13:00 Las estrellas verdes

14:00 El cobertizo de los pájaros

15:00 Acúfenos

16:00 La caja negra

17:00 La llave

17:30 La solución

18:00 La salida

Agradecimientos
Sobre la autora

*Para Luis y para Diego.
Y para Rafeta.*

Años después, durante su paseo por el Jardín de los Sospechosos, los tres recordarán lo ocurrido como no fue. De la misma manera en que los cuerpos destrozados en accidente o por la enfermedad en el tanatorio parecen dormidos y no muertos, la memoria de Martín habrá convertido la visión del cadáver de la niña en algo llevadero, soportable; una imagen fría, el símbolo de una frontera.

Aunque el dolor no habrá desaparecido.

Latirá a veces, ejercerá de voz de la conciencia, mostrándole una verdad aterradora: que mientras sufría, al mismo tiempo, fue feliz.

Pero ya no se culpará por eso.

Habrá aprendido que se vive todo a la vez.

08:00

Viaje a Ítaca

Tres horas antes del crimen

Anakin se está muriendo. Pregunta: ¿Hay una novela de Kundera que se llama La identidad? Lo de Anakin es cuestión de días, tal vez de horas. Repítelo, Martín: Anakin se está muriendo en el hospital. Repítelo. Las palabras se dibujan en tu mente sobre un fondo luminoso, como esas banderolas con mensajes publicitarios que, cuando erais pequeños, recorrían sujetas a enclenques avionetas de colores el cielo de la playa en la que pasabais los veranos. Pero por qué piensas en eso, ocurrió hace mucho tiempo, Martín, forma parte de un «antes» al que no puedes permitirte prestarle atención. Debes preocuparte del «ahora»; y ahora Anakin se muere.

Deja de interpelarse. El dolor auténtico, el que solo aparece puntualmente porque se encuentra casi extinguido, como la gangrena, es negro y huele a podrido, y también reconduce el discurso mental hacia rencores absurdos, que no lo son; razón por la que, mientras baja las escaleras sucias de la Estación Madre de metro, en el corazón de Cavelan, Martín le reprocha a su hermano agonizante que ha-

ya elegido el día de la jornada de padres en el colegio de Lucas para empeorar. Se llama así: «jornada de padres»; no «jornada de tíos».

Faltan unos minutos para las ocho de la mañana y el cielo que lo despide cuando desciende hacia los andenes subterráneos está encapotado, sitiado por un ejército de nubes grises, con el aspecto poco tranquilizador de platillos volantes que disfrazan de otoño el día de primavera. Es viernes 29 de abril.

Compra un billete sencillo en la máquina expendedora y, tras consultar un plano mugriento en el que se mezclan un número indeterminado de líneas de colores, Martín se diluye entre los viajeros que entran y salen cruzando los tornos. Lleva vaqueros de marca y las manos en los bolsillos de su gastado tabardo azul; su inseparable Fuji X30 le cuelga del cuello, sujeta a una resistente correa de cuero negro. La cámara, a cada paso, le da un golpecito en el esternón. Es su metrónomo. No se fija en nadie en concreto, se limita a formar parte, es temprano para actuar como observador, y vuelve a formularse la misma pregunta: *¿Qué novela es esa? ¿Existe una novela de Kundera que se llama La identidad?* Mata la breve espera del tren consultándolo en su iPhone. Si la localiza y no surge ningún imprevisto, la comprará al volver a casa. Se bajará en esta misma estación y hará un alto en alguna gran superficie con sección de librería para conseguir la edición de bolsillo. En caso de que haya varias, elegirá la que tenga la portada más bonita, con el diseño más sobrio, porque Inés la preferirá. *Nada de fotos.*

Anakin se está muriendo.

Y sí, existe, Kundera escribió en 1998 una novela que se llama *La identidad*, pero Martín tardará aún en comprarla; su intención está a un paso de escurrirse por el desagüe, junto con otro buen puñado de deseos superfluos. Es así, aunque él aún no lo sabe: en tres horas la vida habrá de cambiarle para siempre.

El vagón, al principio lleno, se vacía conforme las paradas más céntricas van quedando atrás. Martín logra sentarse antes de que termine el tramo de túneles. Lucha contra el sueño, invocado por el suave traqueteo del convoy. Se frota los ojos con una intensidad maníaca, sin importarle lo que puedan pensar de su comportamiento las cuatro o cinco personas que, como él, aún continúan viaje. No está acostumbrado a madrugar. Se enfrenta a su reflejo en la ventanilla, nítido contra la oscuridad exterior. Nadie lo ha reconocido y se lamenta: *¿Cómo es posible? Quizás tenga algo que ver el sopor colectivo que flota en el ambiente, con aroma a edredón y baba en la almohada, una especie de hechizo.*

Cuando el metro sale por fin a la superficie, el paisaje es distinto, no hay ni rastro del perfil urbano de Caivelan, que es un híbrido entre la *Metrópolis* de Fritz Lang y las callejuelas estrechas y apestosas del París que Patrick Süskind retrata en *El perfume*, pero, eso sí, con el mar al final de todos los trayectos. La ciudad se ha esfumado y, en su lugar, árboles y urbanizaciones de viviendas unifamiliares, en las que Martín intuye raquílicas pistas de pádel y minúsculas piscinas comunitarias con ínfulas de alto *standing*, salpican ambos lados de la vía y custodian una carretera atestada a esa hora de coches con capacidad para correr en un circuito de Fórmula 1 y, sin embargo, obligados a avanzar como borregos en fila, condenados al matadero.

Lo único que le gusta de ese estilo de vida es el sonido de los aspersores, el frescor que abandonan sobre la hierba.

Protegido en la casi absoluta soledad del vagón, se siente a salvo. Cruza los brazos sobre el pecho, reconfortado por el recuerdo feliz de su *loft* de doscientos metros cuadrados en un edificio rehabilitado del barrio antiguo, y estira las piernas sin perder de vista el mundo que desfila ante sus ojos y que se despierta para él, que nunca ha estado allí antes, por primera vez: un mundo, el de los subur-

bios de clase media alta al que (se engaña) él no pertenece, del que desprecia convenciones y apariencias; el mundo de Anakin, su hermano mayor, que se está muriendo.

El tren rasga la mañana lluviosa con la rotundidad de una navaja que corta un lienzo, y un tono ceniciento, de manos sucias, baña el cielo y pretende evitar el destierro del invierno: *No lo conseguirá*, se dice Martín, esbozando una sonrisa de desafío al detectar en esa oscuridad de eclipse la huella de la luz. También se dice que si Anakin no hubiera recaído, él todavía estaría durmiendo. *Martín, ¿y esto a santo de qué? Debería poder cercenarse la mente equivocada, como se puede cortar uno un brazo o una pierna, si se es valiente y la amputación es necesaria, el único remedio para aniquilar la infección..., pero no se puede:* de repente se visualiza a sí mismo, solo con el pantalón del pijama, remoloneando en el futón de dos metros de ancho que acaban de comprar hecho a medida a través de la web de una prestigiosa tienda japonesa, con las sábanas revueltas a la altura de la cintura, postergando *sine die* el momento de levantarse en esa mañana engañosamente oscura y en el *loft*, silenciosa, perfecta para albergar su duermela, los últimos coletazos de sus horas inconscientes, cuyo final lentísimo suele iniciarse con el sonido de la alarma que despierta a Inés.

En esta escena de soledad doméstica que Martín se entretiene en recrear mientras agota el trayecto hasta Ítaca, el colegio para niños con altas capacidades en el que acaban de matricular a su sobrino, son importantes también los sonidos y olores que acompañan a la preparación del café, una de sus debilidades, de la que a Inés no le ha costado nada hacerse cómplice. Es ella quien se levanta primero, quien, antes de marcharse al aeropuerto, donde ejerce de jefa de seguridad, llena de agua la base de la cafetera italiana tamaño familiar y hace uso del molinillo eléctrico, escogiendo cada día un café diferente de entre los muchos que atesoran en clásicos tarros de cristal, que cierran al vacío y esperan su turno alineados por orden alfabético en un

estante de teca. Martín sonríe de nuevo atrapado en su ensoñación: coleccionan granos de café como si fueran mariposas. Luego está el burbujeo del agua hirviendo, un anticipo de catástrofe que queda sofocado por la pericia de su novia, pendiente del fuego (*donde esté un buen fogón clásico, que se quite la vitrocerámica o la inducción*). Inés, que se limita a un café solo antes de volver a la habitación para despedirse y lamerle la cara con un afecto canino, aún sin lavarse los dientes.

—Bello durmiente, me voy ya..., bésame..., dame un beso. Haz el favor de levantarte y deja de darme envidia.

La melena rubia de Inés le acaricia los hombros, le hace cosquillas, inicia la cadena de actos insignificantes que conducen a la erección. Lo excita la suavidad del pelo de ella sobre su propia carne sucia, húmeda por el paso de la noche y la asistencia obligada al transcurso de los sueños, de los que a menudo despierta en plena madrugada, empapado en sudores fríos. No recuerda cuándo fue la última vez que durmió cinco horas del tirón, y achaca en secreto las interferencias en su descanso a un excesivo consumo de coca durante la primera juventud. Menos mal que está Inés, también por esto: para mantenerlo alejado de las sustancias adictivas, que lo fascinan, y marcar con miradas reprobatorias el límite de cigarrillos. El tabaco de liar es el único vicio que le queda.

Acaba de cumplir cuarenta y tres años; Inés, treinta y nueve; y no tienen hijos.

¿Cuántos años tiene Anakin?

Inés quiso saberlo la noche en que los presentó, justo antes de preguntarle: «¿Por qué lo llamáis así?»

Anakin y él deberían haber patentado el concepto de «apodo tardío».

Joder, murmura Martín conteniendo el llanto, avergonzándose excepcionalmente de su debilidad. Respira hondo y mira con discreción a su alrededor. Faltan dos paradas para Ítaca y, ahora sí, el vagón ha quedado desierto.

Ahuyenta a los fantasmas de la mejor manera que sabe: sacando fotografías. Enfoca a través del cristal el paisaje periférico, aunque la naturaleza no se le da muy bien. Lo suyo son los humanos, el retrato. Ese es el tema que ha escogido para el taller que debe impartir en el colegio de Lucas. Le tiemblan un poco las manos, que conservan la palidez de los espíritus. No suele trabajar sin público. Le gusta ser observado mientras «dispara», aunque sea solo por el modelo, indefenso y sumiso ante el objetivo. Martín disfruta con la reacción que provoca su impostura en los demás; una sucesión de gestos que, como una corriente alterna, se ve interrumpida por fugaces instantes de reflexión y termina con un clic.

Todo es una farsa. Todo es un fraude.

Todo es verdad.

«No es solo uno de los fotógrafos de celebrities más conocidos del momento. Es el mejor»; eso escribió alguien de ti en algún suplemento dominical, ¿o lo escuchaste en Radio 3?

Pero un fotógrafo no es un actor, ni un músico, y su éxito a menudo resulta incomprendido.

Sin dejar de mirar a través de la Fuji, examina el espacio en movimiento: los asientos libres de un naranja brillante; los carteles tamaño A3 pegados junto a las puertas, incitando a la lectura con ilustraciones mediocres y fragmentos de clásicos que sirven para todo menos para incitar a la lectura; los escuetos gráficos horizontales que indican las paradas de la línea con topos diminutos; el suelo pringoso, salpicado de huellas, mancillado por una cáscara de plátano (él odia los plátanos) abandonada con disimulo en la esquina de uno de los descansillos... La realidad iluminada por la claridad del principio del día; un día excepcional, sin duda, que adopta en su rastreo la forma circular del recorrido de la cámara y termina deteniéndose de nuevo en la ventanilla, donde su reflejo ahora es más tenue, incompleto e inva-